

## **EL ECO DE LOS DRONES**

Pseudónimo:  
Ana María Koval

Marzo de 2026  
Zaragoza, España

Se oyen las detonaciones fuera del refugio. Estamos en un espacio habilitado en el metro, cerca de nuestra casa de acogida. Llevo aquí varios meses desde que murió mi madre; padre se había marchado mucho antes. No por la guerra: el alcohol para aguantar el frío de las noches a la intemperie terminó con su hígado. Recuerdo aquella barriga hinchada como un globo y los arranques de mal humor, mientras me escondía bajo la cama y escuchaba los gritos con mamá. Rara vez le pegaba, pero yo me asustaba mucho y casi agradecí su temprana marcha. No lloré en su entierro; ahora tampoco lloro. La guerra me ha hecho mayor.

Cada vez que suenan las sirenas bajamos ordenadamente al refugio. Los mayores tomamos a los pequeños de la mano, formamos una cadeneta y casi parece un juego, un juego peligroso pero en el que, hasta ahora, ganamos siempre.

Cuatro años. Tenía once cuando todo empezó. Solo hacía unos meses que había regresado de España y Ana me había llevado aquel verano a la playa. Cuando cierro los ojos aún puedo saborear el salitre del agua, la piel dorada, y recuerdo la mirada embelesada en aquellas chicas de ojos oscuros y profundos como cuevas sin fondo: misteriosos, atrayentes. Sueños rotos. Creo que nunca volveré.

Pronto empuñaré mi primer fusil; nos están entrenando. Un uniforme usado, de alguno de los que ya no lo necesita. A mí no me importa; a algunos de los otros compañeros les da yuyu. Los muertos descansan en el universo, nosotros estamos aquí para seguir luchando.

Los lunes llega el camión que trae la ropa de los que se han quedado en el camino. ¿En el camino de qué?

—Andriy, coge a los niños —una voz me distrae de mis pensamientos. —Andriy, que pareces dormido. Vamos a la cama, que mañana viene otro cargamento. Son las tres y solo nos quedan cuatro horas para dormir. —Voy —contesto con voz cansada.

Llamo a los niños: —Taras, Vasyl, Bohdan, Yuriy, Dmytro. Natalia, Iryna, Halyna, Tetiana, Larysa.

Cuento: están todos. —Nos vamos. Andando, que aún nos queda un rato para dormir.

El aire helado de la noche recrudece nuestras manos ya frías. —Subíos las capuchas y cerrad la boca —les voy diciendo mientras salen

Tengo frío y ajusto mi gorro de piel. Es lo único que conservo de mi padre: un gorro ucraniano, no ruso, como dice Ana, la española con la que pasaba los veranos. Sus ojos son azules y profundos como el mar al que me llevó. Cuando regrese, la bici que me regaló ya no me servirá; tendrá que comprarme otra, o quizás una moto. Pronto sabré conducir.

Escucho, rompiendo el silencio, varios drones: sibilantes, taimados, al acecho como buitres planeando en el horizonte, al refugio de las tinieblas de la noche. —Vamos, corred, corred —grito, tirando de la fila de niños a mi cargo.

Es mejor ir a refugiarnos en la casa que volver al metro; tardaríamos demasiado en bajar. Allí también tenemos un sótano. No es tan grande como el hall del metro, pero solo somos once. Oigo el llanto ahogado de alguno de ellos y lo reprendo: —Silencio —voz baja, intensa, imperativa.

Necesito concentrarme, como cuando practico con el fusil. Pronto tendré mi fusil de asalto y me cargaré a alguno de esos malditos drones que nos sobrevuelan, los mensajeros de la muerte.

Ayer hablé con Ana por teléfono y me dice que van a llegar varios convoyes con comida, baterías, ropa. No necesitamos más ropa, solo uniformes para seguir luchando contra los invasores. También me cuenta que se han olvidado de nosotros, que cada vez se recogen menos cosas, que las noticias en la tele se han silenciado: apenas un pequeño recuerdo de vez en cuando. Y que la sombra de cielos oscuros y polvo se ha extendido a otros países, otros conflictos, y nosotros ahora solo somos una rutina en busca de una paz negociada entre los dos gigantes que rigen nuestro universo.

Pobre Ana. Cuando hablo con ella llora; lo noto en su voz quebrada. Me dice que quiere que vuelva y estemos juntos para siempre, sin bombas, sin hambre, sin pájaros de mal agüero en mitad de la noche que perturben los sueños. Y yo le digo que sí, para que deje de llorar.

Yo quiero vivir aquí con Iryna. Es mi novia... bueno, como si lo fuera. En estos tiempos todo es volátil e incierto. Nos hemos besado y es como tocar el cielo, como el calor de los primeros días de primavera, como el olor a tierra mojada tras la tormenta de verano o la inmensidad de los campos dorados de trigo al comienzo del verano. Yo quiero más, quiero fundirme con ella en un abrazo infinito y, cuando despierte, que todo haya terminado, que solo estemos ella y yo. Ella no me deja ir a más; me frena y dice: —Ahora no es el momento, ni el lugar. Cuando todo termine...

Y su voz es tan musical que parece darte, en lugar de robarte, esos son los segundos de la única felicidad que nos queda.

No quiero dejar mi tierra dura y fría, con sus cielos negros cubiertos de estrellas, con las agrestes montañas que nos separan del enemigo, con mis amigos, con los que hemos empezado a tomar vodka, me gusta sentir junto a ellos esa leve embriaguez que nos hace sonreír y olvidar. Aquí tengo mi bandera, mi identidad, y Ana no entiende que, aunque padre y madre hayan partido, no estoy solo: estoy con los míos, y un cordón invisible me amarra a esta tierra que, a pesar de todo, no quiero dejar. No llores, Ana. Tú estás donde debes estar; yo aquí.

Una potente luz cubre el cielo del color anaranjado del fuego. Sigue un estallido y el edificio que está a unos veinte metros de nosotros se desploma como un castillo de naipes. A mi orden, todos nos hemos tumbado y tapado los oídos con las manos. Un polvo espeso se va colando en los pulmones; un silencio sordo nos aturde todavía. Vamos levantándonos despacio. Hoy no ha sido. La sombra de la muerte sigue planeando: no ha bajado a tierra.

Cuatro años. Cuatro años esquivando, bajo la sonata nocturna de las bombas, con la esperanza de que termine el concierto y dé paso al sueño de la paz.

Cierro los ojos y, por unos instantes, veo el mar. Siento un reguero húmedo en la pierna derecha y la boca me sabe a sal. Una metralla. No sabe de dónde le ha impactado, se dice en silencio. —No es nada, solo un día más en la batalla.